cultivaran el sentido de la justicia. El autor es consciente de que para mostrar la grandeza de Newman no es necesario denigrar sistemáticamente a sus adversarios.

He aquí por tanto una narración rigurosa y ágil, que contribuirá a abrir la historia de Newman al público culto, y no sólo a la gente interesada en asuntos religiosos y teológicos.

P. Rodríguez

Léo MOULIN, *La vie des étudiants au Moyen Âge*, Bibliothèque Albin Michel de l'histoire, Paris 1991, 296 pp.

Léo Moulin es doctor en Letras (Bolonia) y en Filosofía (Bruselas), y ha sido profesor del Colegio de Europa (Brujas) y de las Facultades de Notre-Dame de la Paix (Namur). El libro que ahora reseñamos nos ha parecido de un gran interés para quien se dedique al estudio de los autores medievales. No se trata de un estudio de historia de las doctrinas, sino de una densa presentación de lo que fue la vida cotidiana de las instituciones universitarias y las personas que las integraron, y de cómo se desarrollaba la vida académica en la universidad medieval. En este sentido, nos parece muy interesante su lectura puesto que las doctrinas teológicas y filosóficas que se elaboraron en el seno de estas instituciones no fueron, evidentemente, un pensamiento desencarnado sino que se enraizaron en un ambiente intelectual concreto y se desarrollaron en un contexto vital y material bien determinado. Conocer este entorno es un complemento esencial de la labor del estudioso del pensamiento medieval.

Puede decirse que el autor es un especialista en la descripción de la vida cotidiana en la Edad Media. Su obra *La vie quotidienne des religieux au Moyen Age*, publicada en 1978 y muy pronto galardonada por diversas instituciones europeas, le dio a conocer como un experto en la historia de las órdenes religiosas. Con este nuevo estudio, Moulin se presenta también como un buen conocedor de la vida universitaria medieval.

Sobre la historia de las universidades medievales la bibliografía es ya muy abundante. En los últimos años se han multiplicado enormemente los estudios sobre la institución universitaria y sus miembros. Estos trabajos se orientan desde todos los puntos de vista: el análisis sociológico, el estudio de los métodos y de los instrumentos de trabajo, los programas de estudio y la organización académica, las relaciones de la Universidad con las autoridades eclesiásticas y políticas, los diversos géneros literarios y su evolución interna, etc. La cantidad de publicaciones es tan grande, que ya no se puede pretender dominar la totalidad de la producción científica en esta materia. El éxito de Moulin ha sido saber sintetizar en un libro de fácil lectura todos los nuevos conocimientos de que ahora disponemos sobre la historia de las universidades medievales.

Se divide el libro en tres grandes partes: 1. Los estudiantes. 2. Los maestros. 3. La Universidad. Cada una de ellas está más o menos desarrollada con el mismo esquema. En efecto, nos parece que el autor orienta su análisis en un doble sentido. Por un aparte, presenta lo que podría llamarse la teoría de la vida académica: la legislación, los objetivos, las normas que regulaban toda la actividad. Por otra parte, siempre intercalando una y otra, el autor nos presenta la realidad que, con mayor o menor éxito, intentaba realizar los ideales y cómo se vivían en cada una de las universidades. Se reconocen así los ideales y logros reales de la universidad en sus orígenes, que es una creación de la Edad Media europea y de su visión del hombre, de la naturaleza y de Dios. En ella, como dice el autor, se

formaron los pensadores más audaces, los espíritus más libres y los más creativos.

El trabajo de Moulin manifiesta un claro esfuerzo de imparcialidad. Apenas hace el autor juicios personales. Sus afirmaciones son las imprescindibles para dar coherencia a la lectura de una serie interesante y bien organizada de citas y ejemplos, tomados de las fuentes directas. En efecto, todo el material presentado es fruto de un concienzudo examen de actas y los cartularios de las diversas universidades europeas, así como de testimonios personales de los protagonistas tomados de frases de los sermones y discursos universitarios, de cartas privadas, de medidas y disposiciones de gobierno de las autoridades académicas, de reglamentaciones de los ayuntamientos o de los colegios universitarios referidas a la población estudiantil, sucesos más o menos relevantes, pero todos ellos significativos de lo que fue realmente la vida cotidiana en las universidades medievales. Desde Padua a Oxford, desde Coimbra a París, un centenar de universidades nacieron en los siglos XII y XIII y, con ellas, en cierto modo, se manifestaba lo mejor del espíritu medieval y nacía el occidente moderno.

A lo largo de estos capítulos, se dibuja un perfil completo de lo que fue esta institución tan propia y exclusiva de la tradición occidental. En efecto, dentro de la enorme variedad y riqueza que tuvo la vida universitaria medieval, se reconoce entre sus líneas maestras una fuerte conciencia de unidad. Unidad que no significaba inmovilismo, sino punto de apoyo de un pluralismo muy rico y creativo. El fenómeno universitario, en su génesis y en los primeros siglos de su andadura, fue característico de una época en la que toda la Europa occidental gozaba de una real conciencia de unidad: la religión, que impregnaba la vida y la visión del hombre y del mundo, la lengua común, la paz entre las naciones. Esta conciencia de universalidad supranacional hundía sus raíces en una fe trascendente al mundo y en una particular concepción del mundo y del hombre. El intelectual medieval había logrado un equilibrio entre la noción de dependencia de su Creador y, al mismo tiempo, la confianza en sus propias potencialidades y en su libertad. El logro de éste equilibrio puede ser la explicación del sorprendente impulso que hizo posible los mejores logros de la Europa medieval y moderna.

Así, pues, puede verse a lo largo de la lectura de este libro con bastante claridad, cómo en la medida en que esta unidad se descomponga, el espíritu mismo de la Universidad perderá su impulso original para ir transformándose en un instrumento al servicio de las fuerzas político-sociales. En efecto, el surgimiento de las monarquías burocráticas y los nacionalismos tardo-medievales, el nacimiento y la extensión de los grupos cismáticos que rompieron la unidad de la Iglesia en los albores de la edad moderna y la pérdida progresiva de la lengua común, transformaron la institución universitaria y la concepción misma de Europa y de la cristiandad medieval. Los nuevos poderes, caracterizados por una fuerte tendencia nacionalista y defensora de los intereses propios sobre los de la cristiandad, ahogaron progresivamente la independencia intelectual y resquebrajaron la unidad corporativa de los intelectuales. El espíritu de la libertad y de solidaridad habían sido los pilares de la universidad en los mejores siglos medievales.

Nos parece que no puede leerse éste libro sin reflexionar sobre la Universidad de nuestros días y sobre la misma idea de Europa que se dibuja ante nosotros. Entre líneas se comprende que muchos puntos de referencia para la Europa del futuro pueden encontrarse precisamente en estos siglos de la madurez medieval, que nadie puede seguir calificando de oscuro. Y se comprende también que, a pesar de los siglos transcu-

rridos, aquel mundo de la inteligencia y del saber no es tan lejano al nuestro: los exámenes, las lecciones magistrales y los ejercicios prácticos, los problemas de alojamiento y de aulas, la obtención de becas de estudio y las relaciones entre la ciudad y la población estudiantil, las relaciones entre profesores y alumnos, el deseo de saber más y de organizar el saber de un modo coherente y pedagógico, la organización interna de la Universidad y las relaciones entre las diversas naciones en el seno de una institución esencialmente supranacional. Todo ello nos ilustra sobre los orígenes medievales de lo que todavía hoy es una realidad viva en nuestra sociedad.

Al final de libro se presenta una bibliografía que no pretende ser exhaustiva sino de orientación general. En primer lugar, las obras importantes que contienen amplias orientaciones bibliográficas, después las principales fuentes editadas y, en tercer lugar, las monografías y los artículos que el autor considera especialmente representativos de los avances más recientes.

M. Lluch-Baixauli

José Orlandis, *Memorias de Roma en guerra (1942-1945)*, Rialp (Colección Testimonios), Madrid 1992, 128 pp.

Si siempre resulta algo artificial y ocioso presentar al profesor Orlandis ante un auditorio de historiadores profesionales, más aún lo resulta si tal presentación se realiza en la páginas del AHIg, cuyo Consejo de redacción preside. Sin embargo, sí conviene recordar a este auditorio de especialistas que una característica señalada del hacer profesional del doctor Orlandis ha sido siempre su poligrafía: junto a sólidas monografías acerca de la Antigüedad tardía, y al lado de brillantes síntesis sobre el mundo gótico y medieval, ha publicado muy interesantes reflexiones acerca del quehacer universitario y ciudadano, y libros de teología espiritual. Hoy, el profesor Orlandis se presenta ante el público con un género no trabajado por él hasta el momento: los recuerdos de su vida.

El libro que comentamos no es una autobiografía, porque la figura del autor se difumina entre los sucesos narrados hasta desaparecer por completo. Pero tampoco es un libro de «historia» —la historia de Italia entre 1942 y 1945— porque ni el observador ni lo observado pertenecen a eso que denominamos coloquialmente como «gran historia». Lo que tenemos ante nosotros es un excelente libro sobre Roma. Como su título dice con gran precisión, nos hallamos ante unas «Memorias de Roma en guerra». La protagonista es Roma, y las memorias son de ella. A lo largo de sus páginas, la ciudad asume corporeidad, y vive o cambia de humor siguiendo los ritmos de la guerra.

El libro se construye en forma de colección de viñetas, dibujadas al modo como ve la realidad un joven de 24 años —la edad que tenía al profesor Orlandis al llegar a Roma—: perfil rápido muy sombreadas y cargadas de color. La relación que guarda esta estética con la del primer neorealismo italiano es evidente, y en un momento casi explícita. A sus ojos, la Roma de finales de 1942 gira en torno a tres núcleos: el Vaticano, el Quirinal y la Embajada de España. Y cada uno de estos núcleos es un hormiguero de actividad, que rebasa la mera figura de su máximo representante en el momento, por egregio que éste sea: ni el Quirinal se agota en Benito Mussolini, ni el Vaticano en S. S. Pío XII, ni la Embajada de España en la barroca y bella estampa de D. Domingo de las Bárcenas. Por el contrario, lo que da unidad a estos tres núcleos, como cemento que acabará por llenarlo todo, es el «pueblo de Roma».